

# Frente libertario

Madrid, 26 de julio de 1938

editado por el Comité de Defensa Continental del Centro

NUMERO 532

La gravedad de la hora que atravesamos impone la necesidad ineludible de elevar al máximo la rigidez y la intransigencia de nuestra organización de combate, para que no exista nadie que bajo ningún pretexto deje de cumplir fiel y acertadamente los deberes que le incumben. Entiéndase bien que decimos fiel y acertadamente; porque si la fidelidad, la lealtad, nos son indispensables, se convierten en inútiles, mejor dicho, en inexistentes, cuando no van acompañadas del acierto. Y si el acierto es hijo de la capacidad de cada cual para desempeñar la misión que le haya sido encomendada, llegamos a la conclusión de que la capacidad es necesaria y de que la incapacidad es punible por constituir un verdadero delito en sí misma considerada.

Partimos para llegar a esta conclusión de una premisa base que debe ser piedra fundamental de toda la organización de la España antifascista: nadie está obligado al desempeño de cargos y funciones que considere se encuentran por encima de sus fuerzas; nadie está obligado a aceptar un puesto para el cual no reúne las necesarias e imprescindibles condiciones. Porque si la guerra no es, ni mucho menos, una feria de vanidades, sino algo altamente real y peligroso, trascendental para el futuro de España, nadie que dignamente aspire al calificativo de antifascista debe dejarse deslumbrar por el oropel del cargo que se le ofrece. Quien acepta un cargo, una misión, con mayor motivo cuanto más importante sea aquél y trascendental ésta, debe comenzar por tener en cuenta que el cargo o la misión confieren deberes que ineludiblemente, sin excusa ni pretexto de ninguna clase, hay que cumplir. Y que para cumplirlos, es necesario reunir una serie de condiciones personales, una capacidad determinada, que es precisamente lo que en primer término debe tener en cuenta cada cual antes de aceptar su nombramiento para el cargo de que se trate. Porque después de aceptado, cuando por incompetencia, imprevisión o por cualquier otro motivo —incapacidad al fin—, ocurra un fracaso, de cualquier índole que éste sea todos debemos tener la seguridad de que esa incapacidad es equivalente a un delito, más aún, es un delito por sí misma. Y como tal delito debe llevar aparejada la sanción adecuada, que será aplicada en función de los resultados nocivos que la incapacidad haya originado.

¿Que esto es muy duro? Ciertamente. Pero no es tampoco menos cierto que de la suerte final de la guerra dependen el futuro de todo el pueblo español, quién sabe si el futuro del mundo entero. Y cuando es algo de tan enorme valor lo que está en litigio, nada es demasiado duro

con tal de lograr el fin que nos hemos propuesto.

Hay que sancionar al incapaz. Esta debe ser la nueva norma de la justicia del pueblo en armas. Cuando pase la guerra, cuando las cosas y los hombres hayan vuelto a la normalidad, se harán menos rígidas las normas; pero en tanto la guerra truena, en tanto la guerra pesa sobre nuestro futuro, debemos ser inexorables si no queremos abrir con nuestras propias manos el camino del desastre.

Hoy los puestos de responsabilidad son puestos de deberes máximos, de sacrificios tensos, de capacidad segura. Si alguien no cumple con su deber o no se sacrifica en la medida en que le corresponde, debe ser castigado; nadie discute esta afirmación; pues bien, también el que en el desempeño del cargo que ocupa no reúne las debidas condiciones de capacidad y eficiencia que son necesarias para desempeñarlo acertadamente, debe ser asimismo castigado. Porque la guerra es dolor y

sangre, lucha y sacrificio; no se va a ella para buscar satisfacciones personales.

Porque si una vez nombrado, si una vez en el desempeño de la función que le ha sido encomendada, por incapacidad, da lugar a que se produzcan situaciones de peligro, no podrá escudarse en un cómodo: "yo no sabía", "yo no sirvo", o "¿quién lo había de pensar?". No. Eso en la España antifascista no sirve para paliar fracasos. Entre nosotros hay que "saber", hay que "servir" y hay que "pensar" en todas las posibilidades y en todas las contingencias. Porque así es como marcharemos, de una manera segura y firme, hacia la victoria del pueblo; de este pueblo, que, porque todo lo da, lo merece todo y lo puede exigir todo.

Entre tanto, que en todas las mentes se abra paso la nueva norma de justicia de guerra, de justicia de pueblo en armas: la incapacidad es delito y como tal debe ser sancionada.

## CADA UNO ES HJO DE SUS OBRAS

### Las clases en la guerra y en la revolución

Hemos hablado de la clase trabajadora, que salvará los destinos del pueblo español en un alarde de capacidad y de sacrificios. Nos hemos ocupado de la clase media, que debe desaparecer como clase para confundirse con la productora, sentir sus propios anhelos y reivindicaciones, y no divorciarse jamás de las aspiraciones del pueblo. Queremos vernos ahora de la clase militar. De esa clase o casta que traicionó a España dejándose mandar por Ejércitos invasores, y de la clase que nace con el Ejército popular.

Son dos clases antagónicas y conviene diferenciarlas bien. La casta militar que se sublevó estaba formada por títulos, pergaminos, riquezas y privilegios. Para ser militar en España se tenía que ser, primero, rico, y luego, aristócrata uncido, a la carreta monárquico-teocrática. Había que jurar la defensa del trono y del jesuitismo, que era tanto como jurar que tendrían bien guardadas las bolsas todos los usureros y negreros. No se podía ser militar de otra manera. Ningún pobre podía llegar a las Academias, a menos que fuera huérfano de militar, y, por tanto, emparentado con todas las lacras de la época. El uniforme era costoso y sólo podía llevarlo hijos de grande terratenientes, banqueros o descendientes de aldeanos enriquecidos en Ultramar, que compraban con oro títulos, honores y bendicio-

nes apostólicas para su conciencia envilecida.

Esa casta no pudo estar nunca al servicio del pueblo. Tenía que perder colonias y hacer estragos en Marruecos para enriquecer a los negreros y obtener ascensos. Marruecos fue la sima en que se hundieron energías preciosas del pueblo español, mientras robaban a mansalva militares que contrataban suministros para el Ejército. Marruecos fue la sangría que ha quedado tapada con esta guerra de invasión. Decimos que ha quedado taponada, porque de nuestra victoria saldrá la liberación del pueblo marroquí, como de nuestra derrota saldría su esclavitud ominosa. No comprenden los moros que están luchando —aunque sea a la fuerza y por el botín— con los que fueron por sus tierras en son de conquista y contra quienes no querían morir en una lucha inhumana, repugnante y esclavizadora de la conciencia árabe. Ya se enterarán. Cavan, con ignorancia supina, su propia fosa. Pero el pueblo español descenderá su ignominia y les dará una vida libre.

Esa casta tenía que sublevarse, aunque hubiera podido ser destruida. Unas reformas que ahora podemos contemplar con perspectiva sangrante, alejaron de la casta militar a los militares dignos, que no podían convivir con unos compañeros divorciados del pueblo. Y se queda-

ron todos los ricos, los monárquicos, aristócratas y descendientes de logreros. Todo lo que podía sublevarse y vender España al fascismo internacional. Todo lo que, bajo del uniforme llevaba sotana y negruras, ambición y eretismo salvaje. Todo lo que no quería confundirse con el pueblo ni con su historia, porque vivía desvinculado de sus grandezas y de sus creaciones.

### A LA HEROICA REGION LEVANTINA

Levante, mi buen Levante, mi patria chica querida todos tus pueblos defienden con tesón y valentía la causa del proletario, la independencia y la vida de esta nación española tan liberal y tan rica.

Piensa, Levante glorioso, el de las gestas que un día hicieron morder el polvo de la derrota fatídica al fiero Napoleón que humillarte pretendía; el que tuvo al "Pallater" por caudillo, ejemplo y guía de hazañas de una región que jamás dobló la Espina; el que combatió feroz y venció en toda la línea a las salvajes mesnadas del ejército carlista, después de ver con dolor torrentes de sangre invicta, sangre de los fusilados por Cabrera y camarilla.

Tú, Levante, heroico y fuerte que vives horas tan críticas como son las de sentir cerca las hordas fascistas armadas hasta los dientes por obra y gracia "divina" de crueles dictadores que son baldón e ignominia del mundo civilizado que sufre sus fechorías.

Tú, Levante victorioso, que en las venas llevas viva la bravura musulmana y el poder de una Anitritia, no debes hoy consentir de tus glorias la mancilla. ¡Despierta como un león! ¡Ruge fuerte a la morisma que con italogermanos, requetés y falangistas holla tu suelo frondoso y tus mares de amatista, y échalos lejos de ti donde los pierdas de vista! España así te lo exige y con España tu hombría.

Levante, mi buen Levante, mi patria chica querida: pendiente de tus proezas está el pueblo antifascista.

UN CHE

(De "Campo Libre".)



# Frente libertario

Redacción y Administración

COMITE DE DEFENSA  
Sección de Propaganda

Serrano, 111 Teléfono 38585

AHORA, COMO SIEMPRE, VENCEREMOS

## La nueva guerra de independencia

Por EDUARDO DE GUZMAN

Nuevamente estamos los españoles empeñados en una lucha a muerte por nuestra independencia. No es nada sorprendente el caso. En realidad, apenas si hicimos otra cosa en el decurso de treinta siglos, desde los días remotos en que los comerciantes fenicios, avistados por primera vez las fabulosas columnas de Hércules. Por el Norte y el Sur, por el Mediterráneo y el Cantábrico, por los Pirineos y Gibraltar, las invasiones se sucedieron como olas interminables. En nuestro suelo se dieron cita todos los pueblos y todas las razas de la tierra. Bajaban unos desde los montes bruñosos de Germania en busca de las tierras luminosas de Levante; subían otros desde las arenas abrasadoras del desierto a la conquista del paraíso de Andalucía; vinieron todos con la ilusión de llevarse nuestras riquezas, nuestra alegría, nuestro suelo, nuestras mujeres. La novela de España, la epopeya de un pueblo que aun no paró su Homeró, en ese combatir incesante, esa lucha perenne, ese heroísmo de todos los siglos y de todos los días. Y el milagro de España, el gran milagro que labramos con nuestro sacrificio y nuestro entusiasmo, es que cuando el estruendo de las armas cesa, la victoria es siempre del pueblo. Durará la batalla seis años o siete siglos; durará todo lo que tenga que durar; pero en definitiva, en España nos quedamos solos los españoles.

Pero acaso tan asombroso como todo esto, es que sea siempre el pueblo auténtico, el pueblo en su esencia, quien resuelve la situación, quien salva la patria. Para los gobernantes que padecemos en todas las épocas, la historia no encierra lecciones que puedan aprovecharse en previsión de grandes catástrofes.

Cuando las hordas penetran en nuestro país, el militar de casta y casta sólo sirve para ofrecernos su espada como el conde don Julián, para ordenar a los madrileños que se rindan como en 1808 o para ofrecer España como sangriento botín a todos los Hitlers y a todos los Mussolini que en el mundo puedan ser. A la misma altura, medidos por idéntico rasero, están la aristocracia y el clero, la plutocracia y los terratenientes, toda la hez que con el nombre de la patria en los labios esclaviza y explota. Las clases que se llaman selectas y directoras, no han sido capaces nunca de ponerse a la cabeza del pueblo en defensa de la independencia nacional.

En las horas críticas, en los momentos culminantes de la historia, el pueblo se encuentra solo frente a su propia responsabilidad y a sus grandes destinos. Por todas partes le rodea la traición; en todos lados le preparan emboscadas, a cualquier sitio que mire no puede hallar sino enemigos. En 1808 se le entregó atado de pies y manos al francés, en 1936 al fascismo italo-alemán. En Bayona, Fernando VII se arrojó ante Napoleón para ofrecernos la tierra libre de España. En Roma, Franco y Alfonso XIII excitaban la megalomanía mussoliniana mostrándole el camino de una fácil conquista.

Ni para el "duce" ni para Bonaparte ofrece peligros la empresa. A su lado están todos los resortes del poder; enfrente un pueblo ignorante, sumiso, inerte. No es posible la resistencia. Pero, ¿qué podrá hacer, aunque la intente? Frente a los grandes generales domadores de Europa, ante los militares fascistas que acaban de someter Etiopía y aterran a Inglaterra, sólo podrá poner campesinos, pescadores, obreros industriales, mineros... Con mucho entusiasmo, con valor extraordinario acaso. Pero sin posibilidades de triunfo frente a los aviones, a los tanques, a las ametralladoras, a los cañones de grueso calibre...

Y, sin embargo, Murat y Muscena, Hugo y Ney tienen que inclinarse frente a Juan Martín, Mina el mozo, Castaños y Alvarez de Castro. Y, sin embargo, Berginzhof y von Faupel, Berti y Graziani conocen el amargo sabor de la derrota ante Durruti y Mera, y Casado y Rojo. ¿Por obra de estos hombres exclusivamente? No; porque esos hombres son, en un momento dado, representación y síntesis del pueblo, porque con ellos, sintiendo y pensando como ellos, está el ansia de victoria, el amor encendido a la independencia de veinte millones de españoles.

Es el pueblo que, solo, abandonado, vencido, encuentra sus honores, como encuentra sus procedimientos. Cuando la costra de las clases podridas se rompe con el estruendo mortífero de la guerra, la vitalidad, el espíritu creador, la improvisación genial de una raza única surgen a la luz. En 1812 crea sus Cortes de Cádiz, que plasman una Constitución revolucionaria y audaz; en 1936 constituye sus Comités Ant-fascistas, elabora su Alianza Obrera, resume sus anhelos en un gobierno de unidad y guerra, que da a la lucha la tónica agria, dura, viril que España precisa. En las horas trágicas, el pueblo, injuriado, desconocido, se encuentra a sí mismo, se recupera, resurge. Echa por tierra de un puñetazo todo el andamiaje de una sociedad decrepita; edifica con materiales nuevos un mañana transformado, luminoso y riante.

Venceremos ahora, como vencimos siempre. Caerán muchos hermanos; correrá la sangre; se estremecerán pueblos y ciudades bajo las bombas y los obuses. Pero venceremos. No hay quien pueda aplastarnos, porque necesitamos matar uno por uno a todos los españoles. Sitados en Cádiz, dominada España entera por los ejércitos napoleónicos, los doceañistas tenían viva su fe en la victoria y triunfaron. Igual, si fuera preciso, haríamos nosotros. Nos estamos jugando lo más grande: la libertad como hombres y la independencia como nación. Ante nosotros no hay dilema posible. Sólo existe una obligación: vencer!

LEED

"CASTILLA LIBRE"

DIARIO CONFEDERAL

## SUB COMITE PENINSULAR DE LA F. A. I.

Ha quedado definitivamente instalada la delegación del Comité Peninsular de la F. A. I., en la zona sur, en la calle de la Paz, 29, entresuelo (Teléfono 10642), Valencia, por lo cual encarecemos a los compañeros y regionales lo tengan en cuenta para todos los asuntos de carácter orgánico. Asimismo agradeceremos se nos envíen dos ejemplares de cada periódico, diario, manifiesto, etc., que editen los organismos afines: C. N. T., F. A. I. y J. J. LL.

POR EL SUBCOMITE PENINSULAR F. A. I.

El Secretario,



## España, causa de la grave situación Europea, ¿ha sido relegada a un segundo plano?

En estos momentos en que parece haber remitido la fiebre opositora en Londres, a consecuencia del viaje de los reyes ingleses a Francia, salvando a Chamberlain de los dardos de las figuras más salientes de la oposición, tenemos que recordar dos hechos, actuantes en estos instantes, relacionados ambos con la situación internacional y con la política que ha seguido el jefe del Gobierno inglés. Estos hechos son el detonante discurso pronunciado por el "duce" en la reunión del Gran Consejo fascista y aquel artículo de fondo del diario liberal inglés, el "News Chronicle", publicado el 24 de junio.

En tal diario el día 24 de junio Pocos días después, arreciando en sus amenazas, el "duce" decía en aquella solemne reunión: "la Italia fascista ha derrotado ya en España la acción de Francia y de Rusia. Pero nuestra lucha no ha terminado, pues hemos de trasladarla a un escenario más amplio y de alcance mayor."

La amenaza a Francia no podía ser más categórica, reafirmando al jefe del Gobierno británico, tan duros, que había que remontarse mucho atrás para encontrar violencia semejante, una vez más, la Italia fascista.

Un mes ha pasado desde que los prohombres de la situación hicieron objeto de los más duros ataques al jefe del Gobierno británico, tan duros, que había que remontarse mucho atrás para encontrar violencia semejante, una vez más, la Italia fascista.

ya actitud de Chamberlain no parece haber cambiado, cual si el viaje de los reyes ingleses a París sólo hubiese servido para sostenerse en el "banco azul" y el crimen de España sigue, los bombardeos de ciudades abiertas continúa, así como también la pereza en contestar a Londres la Junta fasciosa de Burgos, a pesar de que a la tercera va la vencida, agravada tal situación con el último bombardeo del buque inglés en aguas españolas.

¿Qué hará Chamberlain si Burgos contesta de nuevo en "chino" y otra vez "involuntariamente" es agredida la marina mercante británica y arriado su pabellón? ¿Qué actitud tomará el "premier" si al discurso del Gran Consejo fascista sigue otro más claro y concreto, como es de temer, una vez que la delegación inglesa en Roma, retorne a Londres sin haberse traído nada fundamental sobre la manera de hacer práctica la retirada de combates extranjeros? ¿Se claudicará una vez más ante el sátrapa de Roma, y haciéndose el juego?

La actitud de Chamberlain no es nada clara, a pesar de los cantos a la libertad y a la ley internacional hechos en París con motivo de la visita de los monarcas británicos, temiendo nosotros que todo quede en seguir sacrificando a España, ya que el peligro de guerra amenaza en la Europa central, por lo que hay que dedicar todos los esfuerzos a que el polvorín no estalle en Checoslovaquia, consecuencia del crimen de la invasión de España, a la que parece haberse relegado a un segundo plano, con escarnio del derecho de gentes, de la libertad y de la ley internacional, pisoteadas por las autocracias fascistas.

## Visado por la censura



Ayer, Santiago... tampoco entraron. No vimos ningún fascista en Madrid. Bueno, entendámonos... Al decir fascista, hemos querido referirnos a los de "enfrente".

Primero fué el café de Mola... luego, la misa de campaña en la Castellana... Ahora el caballo blanco de Santiago... ¿Qué no dan ni una!

Ahora, la tomaron con el pobre Santiago, que hay que suponer el humor que tendrá.

Vea usted mal parada la causa de los "cristianos", pida usted permiso al Padre Eterno, coja usted un estandarte, ármese de una flameante espada, móntese en un caballo blanco, y aterrice usted en Clavijo, para cerrar contra los moros... los infieles.

¿Y todo esto para terminar en estos tiempos en Patronato de esos mismos moros?

¡Cá, hombre!

Santiago está aquí, en este momento, porque nosotros somos los que damos leña a moros e infieles.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.